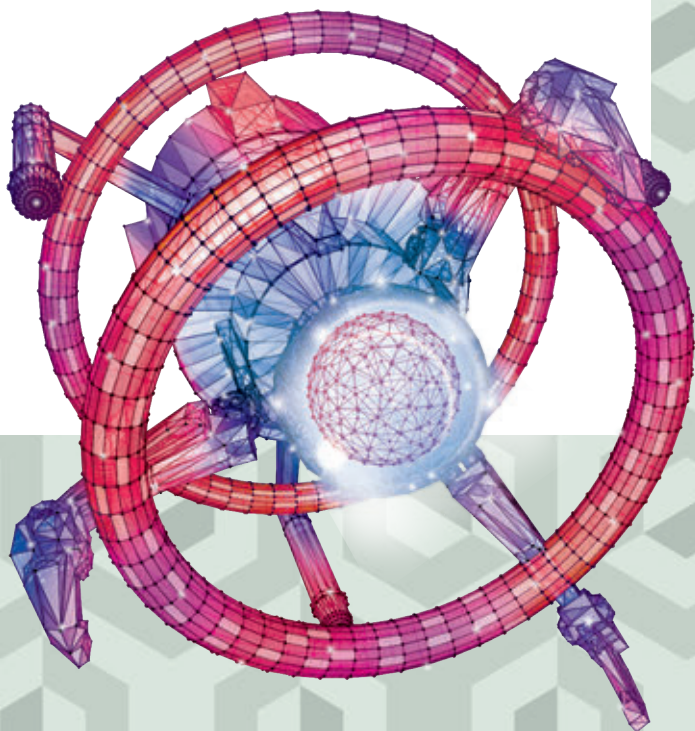


minotauro

PHILIP K. DICK

CUENTOS COMPLETOS 5



PHILIP K. DICK

CUENTOS COMPLETOS 5

minotauro

Título original:
The Little Black Box. Volum Five of the Collected Stories

© 1987, The State of Philip K. Dick
All rights reserved

El fragmento que aparece en la página 13 procede de una colección de entrevistas que el autor concedió a Paul Williams y que se publicaron en *Only Apparently Real*, Arbor House, 1986.

© por la introducción, Thomas M. Disch, 1987

© por la traducción de *La fe de nuestros padres* y *La hormiga eléctrica*,
Carlos Gardini, 2002

© por la traducción de la introducción, *La cajita negra, La guerra con los
fnuls, Artefacto precioso, Síndrome de alejamiento, Una odisea terrícola,
Su cita será ayer, Combate sagrado, Un juego sin azar, No por su encuadernación,
La revancha, La historia que pondrá fin a todas las historias para la antología
de Harlan Ellison Dangerous Visions, Cadbury, el castor necesitado, Algo para
nosotros, temponautas, Las prepersonas, El ojo de la sibila, El día que el Señor
Ordenador se cayó del árbol, La puerta de salida da adentro, Cadenas de aire,
redes de éter, Extraños recuerdos de la muerte, Espero llegar pronto,
El caso Rautavaara y La mente alienígena,*
Manuel Mata, 2008

© Editorial Planeta, 2008
Av. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0725-9
Depósito legal: B.12.594-2020
Fotocomposición: Realización Planeta
Impreso en España / *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

La cajita negra

I

Bogart Crofts, del Departamento de Estado, dijo:

–Señorita Hiashi, es nuestra intención enviarla a Cuba para que ofrezca formación religiosa a la comunidad china local. Es por sus raíces orientales. Eso la ayudará.

Con un leve gemido, Joan Hiashi pensó que sus raíces orientales consistían en haber nacido en Los Ángeles y haber recibido varios cursos en la UCSB, la Universidad de Santa Bárbara. Pero técnicamente, desde el punto de vista de su preparación, era una experta en temas asiáticos, cosa que había hecho constar en su currículo al solicitar aquel trabajo.

–Pensemos en la palabra *caritas* –continuó Crofts–. Desde su punto de vista, ¿qué significa exactamente en el uso que le dio Jeremías? ¿Caridad? No creo. ¿Qué, entonces? ¿Amistad? ¿Amor?

–Mi campo de especialización es el budismo zen –respondió Joan.

–Pero todo el mundo –protestó Crofts consternado– sabe lo que significaba *caritas* en el Bajo Imperio Romano. La estima que las buenas personas se profesaban unas a otras. Eso significaba. –Enarcó sus grises y

dignas cejas-. ¿Quiere el trabajo, señorita Hiashi? Y si lo quiere, ¿por qué?

-Quiero contribuir a difundir el budismo zen entre los comunistas chinos de Cuba -respondió Joan-, porque... -Vaciló. La verdad era que porque significaba un buen sueldo, su primer puesto bien pagado. Desde el punto de vista de su carrera profesional era un chollo-. Bueno, caray -dijo al fin-. ¿Cuál es la naturaleza del Único Camino? No tengo respuesta.

-Es evidente que su campo de especialización le ha enseñado a eludir las respuestas sinceras -dijo Crofts con resquemor-. Y de mostrarse evasiva. No obstante... -Se encogió de hombros-. Probablemente eso quiera decir que está bien preparada y que es la persona apropiada para el puesto. En Cuba se encontrará con individuos bastante sofisticados con mucho mundo, además de adinerados, incluso para un norteamericano. Espero que sepa manejarlos tan bien como ha hecho conmigo.

-Gracias. Señor Crofts -dijo Rose. Se levantó-. Quedo a la espera de sus noticias, pues.

-Me impresiona usted -dijo Crofts, medio para sí-. Nunca me olvidaré de que es la jovencita que tuvo la idea de alimentar a los superordenadores de la UCSB con acertijos del budismo zen.

-Yo fui la primera que lo hizo -lo corrigió Joan-. Pero la idea fue de un amigo mío, Ray Meritan. El arpista de jazz verdegrís.

-Jazz y budismo zen -dijo Crofts-. Quizá el Estado pueda utilizarla en Cuba.

A Ray Meritan le dijo:

-Tengo que salir de Los Ángeles, Ray. No puedo soportar cómo vivimos aquí.

Se acercó hasta la ventana y contempló el reluciente monorraíl en la lejanía. El plateado tren avanzaba a velocidad de vértigo y Joan apartó la mirada.

«Si pudiéramos sufrir únicamente... –pensó-. Eso es lo que nos falta, una experiencia real de sufrimiento, porque podemos escapar a todo. Incluso a esto.»

–Pero te vas del país –dijo Ray-. Te vas a Cuba a convertir empresarios y banqueros millonarios en ascetas. Y eso es una paradoja zen genuina, porque te van a pagar por ello. –Se rio entre dientes-. Si introduces una idea como esa en un ordenador, lo harás papilla. Bueno, al menos no tendrás que pasarte todas las noches sentada en la Sala de Cristal para oírme tocar... si es eso de lo que estás huyendo.

–No –dijo Joan-. Espero seguir oyéndote en televisión. Incluso puede que utilice tu música en mi trabajo. –De una arqueta de palisandro que había al otro lado de la habitación sacó una pistola del 32, que había pertenecido a la segunda esposa de Ray Meritan, Edna, quien la había utilizado para quitarse la vida el febrero pasado, a última hora de una tarde lluviosa-. ¿Puedo llevarme esto? –preguntó.

–¿Por su valor sentimental? –dijo Ray-. ¿Porque lo hizo por ti?

–Edna no hizo nada por mí. Yo le caía bien. No pienso aceptar ninguna responsabilidad por el suicidio de tu esposa, aunque es verdad que se enteró... de que nos veíamos, por decirlo así.

–Y eso lo dice la chica que siempre está diciéndole a todo el mundo que debe aceptar la culpa y no proyectarla sobre el mundo –dijo Ray con tono reflexivo-. ¿Cómo llamas a ese principio, querida? Ah, sí. –Sonrió-. El principio anti paranoia. La cura para el desequilibrio mental de la doctora Joan Hiashi; asuma toda

la culpa, acarréela usted mismo. –La miró de soslayo y continuó hablando irónicamente–. Me sorprende que no seas partidaria de Wilbur Mercer.

–Menudo payaso –dijo Joan.

–Eso es parte de su encanto. Ven, te lo mostraré.

Encendió el televisor que había al otro lado de la habitación, un aparato de estilo oriental, sin patas y decorado con dragones de la dinastía Sung.

–Qué raro que sepas cuándo habla Mercer.

Ray se encogió de hombros mientras murmuraba:

–Me interesa. Es una nueva religión que está reemplazando el budismo y que amenaza con extenderse por toda California desde el Medio Oeste. A ti también te convendría prestarle atención, ya que dices que la religión es tu profesión. Tienes trabajo gracias a ella. La religión paga tus facturas, mi querida niña, así que no la desprecies.

El televisor se había encendido y allí estaba Wilbur Mercer.

–¿Por qué no dice nada? –preguntó Joan.

–Mercer ha hecho un voto esta semana. Silencio total. –Ray encendió un cigarrillo–. El Estado debería enviarme a mí en tu lugar. Eres una farsante.

–Al menos no soy una payasa –dijo Joan–, ni la seguidora de un payaso.

–Hay un proverbio zen –le recordó Ray en voz baja– que dice: «El Buda es un trozo de papel higiénico». Y otro: «El Buda suele...».

–Calla –le cortó ella–. Quiero ver a Mercer.

–¿Quieres verlo? –La voz de Ray rebosaba ironía–. ¿Eso es lo que quieres? Nadie ve a Mercer, esa es la cuestión.

Arrojó el cigarrillo a la chimenea y se aproximó al aparato de televisión; allí, frente a él, Joan vio una caja

de metal con dos asas, conectada por un fino cable al televisor. Ray agarró las asas y, al instante, una mueca de dolor se dibujó en su cara.

–¿Qué pasa? –le preguntó alarmada.

–N-nada.

Ray no soltó las asas. En la pantalla, Wilbur Mercer caminaba lentamente por la superficie desnuda e irregular de una loma, con el rostro levantado hacia el cielo y una expresión de serenidad (o vacuidad) en sus finas y maduras facciones. Ray, jadeando, soltó las asas.

–Solo he podido aguantar cuarenta y cinco segundos. –Miró a Joan y le explicó–: Es la caja empática, querida. No puedo decirte cómo funciona. La verdad es que no lo sé. Me la trajeron ellos, la organización que las distribuye: Wilcer Incorporated. Pero lo que sí puedo decirte es que cuando agarras esas asas, dejas de ver a Wilbur Mercer. Empiezas a participar de su apotheosis. Sientes lo que él siente, vaya.

–Pues parece que duele –dijo Joan.

–Sí –respondió Ray Meritan en voz queda–. Porque Wilbur Mercer va a morir. Se dirige al lugar en el que lo van a matar.

Horrorizada, Joan se apartó de la caja.

–Has dicho que eso era lo que necesitábamos –dijo Ray–. No olvides que soy un telépata bastante capaz. No tengo que esforzarme mucho para leer tus pensamientos. «Si pudiéramos sufrir únicamente...» Eso es lo que estabas pensando hace apenas un momento. Bueno, pues esta es tu ocasión, Joan.

–¡Eso es... morboso!

–¿Y tu pensamiento no?

–¡Sí! –respondió ella.

–Wilbur Mercer tiene veinte millones de seguidores en este momento. Por todo el mundo. Y están su-

friendo con él todos los pesares de su camino hacia Pueblo, Colorado. Al menos ahí es adonde dicen que va. Yo tengo mis dudas. En cualquier caso, el mercerismo es ahora lo que en su día fue el budismo zen. Vas a Cuba a enseñarles a los banqueros ricos una forma de ascetismo que ya está muy manida, obsoleta.

En silencio, Joan le dio la espalda y siguió observando a Mercer.

–Sabes que tengo razón –dijo Ray–. Puedo percibir tus emociones. Puede que tú misma no seas consciente de ellas, pero están ahí.

En la pantalla, alguien le lanzó una roca a Mercer. Lo alcanzó en el hombro.

Todo el que estaba agarrado a la caja empática, comprendió Joan, sintió el impacto tanto como Mercer.

Ray asintió.

–Tienes razón.

–Y... ¿qué pasará cuando lo maten? –Se estremeció.

–Ya lo veremos –respondió Ray en voz baja–. No lo sabemos.

II

Douglas Herrick le dijo a Bogart Crofts, secretario de Estado:

–Creo que te equivocas, Boge. Puede que sea la amante de Meritan, pero eso no quiere decir que lo sepa.

–Esperaremos a que nos lo diga el señor Lee –respondió Crofts con irritación–. Cuando llegue a La Habana, la estará esperando.

–¿El señor Lee no puede examinar directamente a Meritan?

–¿Que un telépata examine a otro?

La idea hizo sonreír a Bogart Crofts. Planteaba una situación paradójica: el señor Lee leía la mente a Meritan, y este, que también era telépata, leería la mente del señor Lee y descubriría que este le estaba leyendo la mente, y Lee, que estaba leyéndole la mente, descubriría a su vez que Meritan lo sabía... y así sucesivamente. Un bucle interminable que terminaría con una fusión de mentes donde quedarían atrapados los pensamientos de Meritan sobre Wilbur Mercer.

–Es la semejanza de los nombres lo que me intriga –dijo Herrick–. Meritan, Mercer. Las primeras tres letras...

–Ray Meritan no es Wilbur Mercer –dijo Crofts–. Te diré cómo lo sabemos. La CIA tomó una grabación de la teleproyección de Mercer, la hizo ampliar y la analizó. Mercer aparecía en el típico paisaje desolado de cactus, arena y roca... Ya sabes.

–Sí –dijo Herrick con un asentimiento–. Lo llaman «el desierto».

–En la ampliación descubrimos algo en el cielo. Lo estudiamos. No es la Luna. Es un satélite, pero es demasiado pequeño para ser el nuestro. Mercer no está en la Tierra. Sospecho que ni siquiera es un terrícola.

Crofts se inclinó y levantó una cajita metálica procurando no tocar las asas.

–Y estos trastos tampoco los diseñaron ni los construyeron en la Tierra. El movimiento Mercer es ajeno a la Tierra, y eso es lo que tenemos que investigar.

–Aunque Mercer no sea terrícola –dijo Herrick–, puede que haya sufrido, o incluso muerto en otros planetas.

–Oh, sí –dijo Crofts–. Mercer, o comoquiera que se llame en realidad, podría haber vivido muchas cosas.

Pero seguimos sin saber lo que queremos saber. –Lo cual era, naturalmente, ¿qué les sucede a las personas que agarran las asas de las cajas empáticas?

Crofts tomó asiento frente a su mesa y estudió detenidamente la caja que tenía delante, con sus dos asas. Nunca las había tocado y no tenía la menor intención de hacerlo. Pero...

–¿Cuándo morirá Mercer? –preguntó Herrick.

–Se espera que a finales de la semana que viene.

–¿Y crees que el señor Lee habrá podido sacar algo de la mente de la chica para entonces? ¿Alguna pista sobre el verdadero paradero de Mercer?

–Eso espero –dijo Crofts, todavía sentado frente a la caja empática, y aún sin tocarla.

«Debe de ser una experiencia extraña –pensó–, colocar las manos en dos asas de metal de aspecto normal y descubrir, de repente, que ya no eres tú; que eres otro hombre completamente distinto, en otro lugar, un hombre que asciende penosamente por una larga cuesta en dirección a una muerte segura. Al menos, según dicen. Pero una cosa es que te lo cuenten y otra... ¿Cómo será en realidad? ¿Y si lo probara?»

La idea del dolor absoluto... Eso lo amilanaba y le impedía hacerlo.

Para él era impensable que la gente lo buscara en lugar de evitarlo. Agarrar las asas de las cajas empáticas no era un acto de escapismo. No era huir de algo, sino buscarlo. Y no era el dolor como tal; Crofts no era tan tonto como para pensar que los merceristas eran simples masoquistas en busca de dolor. Lo que los atraía era, él lo sabía perfectamente, sufrir dolor por una razón.

Los fieles sufrían por algo.

–Quieren sufrir como medio para negar sus existencias privadas, personales –le dijo en voz alta a su

superior-. Es una comunión en la que todos sufren y experimentan la ordalía de Mercer.

«Igual que la Última cena –pensó-. Esa es la clave: la comunión, la participación que hay detrás de toda religión. O que debería haber. Las religiones unen a sus miembros en un cuerpo compartido, corporativo, del que todos los demás quedan excluidos.»

–Pero se trata principalmente de un movimiento político –dijo Herrick–, o al menos así debemos tratarlo.

–Desde nuestro punto de vista –convino Crofts–. No el suyo.

El intercomunicador de la mesa emitió un zumbido y la voz de su secretaria dijo:

–Señor Crofts, ha llegado el señor Lee.

–Dígale que pase.

Un chino joven, alto y delgado, muy sonriente y con una mano extendida, entró en el despacho. Llevaba un traje muy clásico, de un cuerpo, con zapatos negros de puntera fina. Mientras se estrechaban la mano, dijo:

–Aún no ha salido para La Habana, ¿verdad?

–No –respondió Crofts.

–¿Es guapa? –preguntó el señor Lee.

–Sí –dijo Crofts con una sonrisa dirigida a Herricks–. Pero... difícil. La típica mujer irascible. Emancipada, no sé si me explico.

–Oh, una sufragista –dijo el señor Lee con una sonrisa–. Detesto a ese tipo de mujeres. No será fácil, señor Crofts.

–Recuerde –respondió este– que su trabajo es dejarse convertir. Lo único que tiene que hacer es escuchar su propaganda budista, aprender a hacer algunas preguntas como «¿Este palo es el Buda?» y acostumbrarse a recibir algunos golpes en la cabeza en momen-

tos inesperados. Es una práctica zen, encaminada, imagino, a inducir sentido común.

Con una amplia sonrisa, el señor Lee replicó:

–O a inducir sinsentido. ¿Ve? Estoy preparado. Sentido común y sinsentido. En el budismo zen es lo mismo. –Entonces se puso más serio–. Aunque yo soy comunista –dijo–. La única razón por la que hago esto es que el Partido ha adoptado la doctrina oficial de que el mercerismo es peligroso y debe ser erradicado. –Su rostro se tornó lúgubre–. Debo decir que esos merceristas son unos fanáticos.

–En efecto –asintió Crofts–. Y debemos colaborar para conseguir su extinción. –Señaló la caja empática–. ¿Alguna vez ha...?

–Sí –dijo el señor Lee–. Es una forma de castigo autoinducido, imagino que por razones de culpabilidad. El ocio provoca este tipo de emociones en la gente si se emplea como es debido; de lo contrario no.

«Este hombre no entiende nada –pensó Crofts–. Es un vulgar materialista. Típico de una persona nacida en una familia comunista y criada en una sociedad comunista. Para él, todo es blanco o negro.»

–Se equivoca –dijo el señor Lee. Había captado los pensamientos de Crofts.

Ruborizado, este respondió:

–Disculpe, lo olvidaba. No pretendía ofenderlo.

–Veo en su mente –dijo el señor Lee– que cree que el señor Mercer, tal como se hace llamar, podría no ser terrícola. ¿Conoce la posición del Partido sobre este tema? Se debatió hace pocos días. El Partido afirma que no existen otras razas en el sistema solar, así que pensar que aún perduran en nuestro mundo vestigios de razas superiores antiguas es una forma más de misticismo morbosos.

Crofts suspiró.

–Decidir un asunto empírico por votación... Decidirlo conforme a criterios estrictamente políticos... Eso es algo que nunca podré entender.

En ese momento intervino el secretario Herricks para apaciguar a los dos individuos.

–Por favor, no nos perdamos en debates teóricos sobre cuestiones en las que solo podemos estar en desacuerdo. Ciñámonos a lo básico: el Partido Merce-rista y su acelerado crecimiento por todo el planeta.

–Tiene usted razón, por supuesto –dijo el señor Lee.

III

En el aeropuerto de La Habana, Joan Hiashi miró a su alrededor mientras los demás pasajeros se dirigían rápidamente hacia la entrada del vestíbulo número veinte.

Como siempre, los amigos y parientes de los viajeros habían salido tímidamente a la pista, a despecho de la normativa del aeropuerto. Lo vio entre ellos: un joven y delgado chino con una sonrisa de bienvenida en el rostro.

Se encaminó hacia él y dijo:

–¿El señor Lee?

–Sí. –Eché a andar hacia ella–. Es hora de cenar. ¿Quiere comer algo? La llevaré al restaurante Hang Far Lo. Tienen pato prensado y sopa de nido de pájaro, al estilo cantonés... Muy dulce, pero agradable si no se toma demasiado a menudo.

Minutos más tarde se encontraban en el restaurante, en un reservado de cuero rojo y teca de imitación. A su alrededor se oían voces de cubanos y chinos. El aire olía a cerdo frito y humo de cigarro.

—¿Es usted el presidente del Instituto de Estudios Orientales de La Habana? —preguntó ella para asegurarse de que no se había producido ningún error.

—Exacto. El Partido Comunista Cubano no nos tiene simpatía a causa de nuestra vertiente religiosa, pero muchos de los chinos de la isla asisten a nuestras conferencias o están inscritos en nuestra lista de correo. Y, como sabe usted, muchos distinguidos eruditos de Europa y del sur de Asia acuden con regularidad a darnos alguna conferencia... Lo que me recuerda que hay una parábola zen que no entiendo. El monje que corta el gatito por la mitad. La he estudiado y he reflexionado mucho sobre ella, pero no veo cómo pudo el Buda estar presente cuando se cometió semejante acto de crueldad con un animal. —Y se apresuró a añadir—: No es que quiera discutir con usted. Solo me gustaría entender.

—De todas las parábolas zen —dijo Joan—, esa es la más controvertida. La pregunta que uno debe plantearse es: ¿dónde está el gatito ahora?

—Eso me trae a la mente el comienzo del *Bhagavad-Gita* —respondió el señor Lee con un rápido asentimiento—. Cuando Arjuna dice:

El arco que Gandiva me arrebató
de la mano...

¡Mal presagio!

¿Qué podemos esperar de esta matanza entre parientes?

—Exacto —dijo Joan—. Y, por descontado, recordará usted la respuesta de Krishna. Es la afirmación más profunda de todas las religiones prebudistas sobre el tema de la muerte y la acción.

En ese momento llegó el camarero a tomar nota de su pedido. Era un cubano con pantalones caqui y boina.

–Le recomiendo el *won ton* frito –dijo el señor Lee–. Y el *chow yuk*. Y, por supuesto, el rollito de huevo. ¿Tienen rollitos de huevo? –preguntó al camarero.

–Sí, señor Lee –respondió el camarero en español mientras se hurgaba la dentadura con un mondadientes.

El señor Lee pidió para los dos y el camarero se marchó.

–Mire –dijo Joan–, cuando uno ha pasado tanto tiempo como yo con un telépata, detecta los exámenes mentales intensivos... Siempre que Ray intentaba son-sacarme algo, me daba cuenta. Es usted telépata. Y está sometiéndome a un examen mental intensivo en este mismo momento.

El señor Lee sonrió y dijo:

–Ya me gustaría, señorita Hiashi.

–No tengo nada que ocultar –dijo Joan–. Pero me pregunto por qué está tan interesado en lo que pienso. Sabe usted que soy una empleada del Departamento de Estado de Estados Unidos; no es ningún secreto. ¿Teme que haya venido a Cuba en calidad de espía? ¿Para husmear en sus instalaciones militares? ¿Es eso? –dijo–. No ha sido usted sincero conmigo.

–Es usted una mujer muy atractiva, señorita Hiashi –dijo el señor Lee sin perder un ápice de seriedad–. Simplemente me interesa... ¿cómo decirlo sin resultar vulgar? Su actitud hacia el sexo.

–Me está mintiendo –dijo Joan en voz baja.

La sonrisa boba del señor Lee se esfumó. La miró directamente a los ojos.

–Sopa de nido, señor. –El camarero había regresado. Dejó un cuenco humeante en el centro de la mesa–. Té. –Dejó una tetera y dos pequeñas tazas sin asa–. ¿Quiere palillos, señorita?

–No –respondió ella, ausente.

En el exterior del reservado se alzó un grito de angustia. Joan y el señor Lee se pusieron en pie de un salto. El señor Lee apartó la cortina. El camarero, que estaba mirando en aquella dirección, se echó a reír.

En la esquina opuesta del restaurante había un anciano caballero cubano, sentado frente a una caja empática, cuyas dos asas agarraban sus manos.

–Aquí también... –dijo Joan.

–Son como alimañas –dijo el señor Lee–. Incluso aquí, mientras comemos...

–Un *Loco*... –dijo el camarero. Sacudió la cabeza, sin dejar de reír.

–Sí –dijo Joan–. Señor Lee, trataré de hacer mi trabajo aquí, a pesar de lo que ha ocurrido entre nosotros. No sé por qué han enviado a un telépata para recibirme. Posiblemente se trate de paranoia comunista, pero en cualquier caso, tengo cosas que hacer aquí y quiero hacerlas. Así que, ¿quiere que hablemos del gatito desmembrado?

–¿Durante la cena? –preguntó el señor Lee con voz débil.

–El tema lo ha sacado usted –repuso Joan y procedió a explayarse sobre el tema pese a la expresión de profundo desagrado que a floraba a las facciones del señor Lee mientras metía la cuchara en la sopa de nido de ave.

En el estudio de televisión de la cadena KKHF de Los Ángeles, Ray Meritan, sentado junto a su arpa, aguardaba su turno. *How High the Moon*, había decidido, sería su primer número. Bostezó con la mirada clavada en la cabina de control.

Tras él, junto a la pizarra, el comentarista de jazz

Glen Goldstream se limpió las gafas sin montura con un pañuelo de lino, antes de decir:

–Creo que esta noche voy a enlazar con Gustav Mahler.

–¿Quién demonios es ese?

–Un gran compositor de finales del siglo XIX. Muy romántico. Escribía largas y peculiares sinfonías y canciones populares. Sin embargo, ahora mismo estoy pensando en los patrones rítmicos de «El borracho en primavera», de *La canción de la Tierra*. ¿La has oído?

–No –dijo Meritan con impaciencia.

–Es muy verdegrís.

Ray Meritan no se sentía muy verdegrís aquella noche. Aún le dolía la cabeza por la pedrada que había recibido mientras estaba en comunión con Wilbur Mercer. Había tratado de soltar la caja empática al ver venir la piedra, pero no había sido lo bastante rápido. La piedra había alcanzado a Mercer en la sien derecha y le había hecho sangre.

–Esta tarde me he cruzado con tres merceristas –dijo Glen– y los tres tenían un aspecto horrible. ¿Qué le ha pasado hoy a Mercer?

–¿Cómo quieres que lo sepa?

–Estás igual que ellos. Es la cabeza, ¿no? Te conozco muy bien Ray. Te meterías en cualquier cosa con tal de que fuera nueva y rara. ¿A mí qué más me da que seas mercerista? Solo pensé que igual querías una pastilla para el dolor de cabeza.

Ray Meritan respondió con brusquedad:

–Eso iría contra el meollo del asunto, ¿sabes? Una pastilla para el dolor de cabeza... Tome, señor Mercer, ¿qué le parece una dosis de morfina para facilitar el ascenso por la colina? No sentirá nada... –Tocó unas cuantas cadencias con el arpa para liberar la tensión.

–Estás en el aire –dijo el productor desde la sala de control.

Su tema, *That's a Plenty*, brotó de la pletina de la sala de control y en la cámara dos, que estaba enfocando a Goldstream, se encendió el piloto rojo. Con los brazos cruzados, Goldstream dijo:

–Buenas tardes, damas y caballeros. ¿Qué es el jazz?

«Eso digo yo –pensó Meritan–. ¿Qué es el jazz? ¿Qué es la vida?» Mientras se frotaba la dolorida frente, se preguntó cómo iba a soportar la próxima semana. Wilbur Mercer estaba acercándose a su destino. Cada día sería peor que el anterior.

–Y después de una breve pausa para un mensaje importante –estaba diciendo Goldstream– volveremos para seguir hablando del mundo de los hombres y las mujeres verdegrís, esa gente tan peculiar, y del mundo interior del único e inimitable Ray Meritan.

La cinta del anunciante apareció en el monitor que Meritan tenía enfrente.

–Creo que voy a tomarme esa pastilla –le dijo a Goldstream.

Le pasaron una píldora, amarilla y lisa.

–Paracodeína –dijo Goldstream–. Sumamente ilegal, pero eficaz. Una droga adictiva. Me sorprende que tú, precisamente tú, no la utilices.

–Antes sí la usaba –dijo Ray mientras cogía un vaso de papel, lo llenaba de agua y se tragaba la pastilla.

–Y ahora practicas el mercerismo.

–Ahora soy... –Miró a Goldstream. Se conocían, profesionalmente hablando, desde hacía años–. No soy mercerista –dijo–, así que olvídate de eso, Glen. Es una mera coincidencia que me haya dado jaqueca la misma noche que a Mercer le ha tirado una piedra afilada a la cabeza un imbécil sádico que, él sí, debería

estar arrastrándose por esa ladera. –Dirigió una mirada ceñuda a Goldstream.

–Tengo entendido –repuso este– que el Departamento de Salud Mental está a punto de solicitar al de Justicia que detenga a los merceristas.

De improviso se volvió hacia la cámara dos. Una sonrisa sutil afloró a sus facciones y, con voz suave, dijo:

–El verdegrís apareció hace unos cuatro años, en Pinole, California, en el justamente celebre club Double Shot, donde actuó Ray Meritan entre 1993 y 1994. Esta noche, Ray nos deleitará con uno de sus mejores y más conocidos temas, *Once in Love with Amy*. –Se volvió hacia Meritan–. Con todos ustedes... ¡Ray... Meritan!

Ding-dong, empezó a tañer el arpa entre los dedos de Ray Meritan.

«Una lección –pensó mientras tocaba–. En eso me convertiría el FBI. En una lección para los adolescentes: lo que no deben ser cuando crezcan. Primero la paracodeína y ahora Mercer. ¡Cuidado, niños!»

Fuera del plano, Glen Goldstream levantó un cartel en el que acababa de escribir:

¿ES MERCER UN EXTRATERRESTRE?

Y debajo, con un rotulador grueso, añadió:

ESO ES LO QUE QUIEREN SABER.

«Una invasión procedente de algún lugar del exterior –pensó Meritan mientras tocaba–. Eso es lo que les da miedo. Lo desconocido. Son como niños pequeños. Esos son nuestros gobernantes: niños pequeños dominados por el miedo, que juegan a juegos rituales con juguetes superpoderosos.»

Un pensamiento apareció en su cabeza, procedente de uno de los técnicos de la sala de control. «Han herido a Mercer.»

Al instante, Ray Meritan dirigió toda su atención hacia él y exploró su mente con todas sus fuerzas. Sus dedos, en un acto reflejo, continuaron rasgando las cuerdas del arpa.

«El Gobierno ha ilegalizado las cajas empáticas.»

Pensó en su propia caja empática, frente al televisor, en el salón de su apartamento.

«La organización que distribuye y comercializa las cajas empáticas ha sido declarada ilegal y el FBI está realizando arrestos en varias ciudades importantes. Se espera que otros países tomen pronto medidas similares.

»¿Estará grave? –pensó–. ¿Agonizante?»

Y... ¿qué habría sido de los merceristas que estaban conectados a las cajas empáticas en ese momento? ¿Cómo estarían ahora? ¿Recibiendo atención médica?

«¿Deberíamos dar la noticia ahora? –estaba pensando el técnico de red–. ¿O esperar hasta después de los anuncios?»

Ray Meritan dejó de tocar el arpa y dijo con voz clara ante el micrófono:

–Han herido a Wilbur Mercer. A pesar de que era lo esperado, sigue siendo una gran tragedia. Mercer es un santo.

Glen Goldstream se volvió hacia él, boquiabierto y con los ojos como platos.

–Yo creo en Mercer –continuó Ray Meritan y, por todos los Estados Unidos, su público oyó su confesión de fe–. Creo que su sufrimiento, su dolor y su muerte tienen sentido para nosotros.

Ya estaba hecho; había salido al aire. Y ni siquiera le había exigido demasiado valor.

–Recen por Wilbur Mercer –dijo, antes de seguir tocando su arpa al estilo verdegrís.

«Será idiota –estaba pensando Glen Goldstream–. ¡Mira que desenmascararse solo! Estarás en la cárcel antes de un mes. ¡Has arruinado tu carrera!»

Ding-dong, continuó el arpa, mientras Ray le dirigía a su amigo una sonrisa triste.

IV

–¿Conoce la historia del monje zen que jugaba al escondite con los niños? –preguntó el señor Lee–. Es de Basho, ¿no? El monje se ocultó en un retrete y a los niños no se les ocurrió buscarlo allí, así que se olvidaron de él. Era un hombre muy sencillo. Al día siguiente...

–Admito que el zen es una forma de estupidez –dijo Joan Hiashi–. Exalta las virtudes de la credulidad y la simpleza. Es decir, de quien se deja engañar con facilidad. –Dio un sorbo a su té y descubrió que se le había enfriado.

–Entonces es usted una auténtica practicante del zen –dijo el señor Lee–. Porque se ha dejado engañar. –Introdujo una mano en su abrigo y sacó una pistola, con la que apuntó a Joan–. Queda usted arrestada.

–¿Por el Gobierno cubano?

–Por el de Estados Unidos –dijo el señor Lee–. He leído su mente y he descubierto que sabe que Ray Meritan es un importante mercerista, y que usted misma siente simpatía por ese movimiento.

–¡Eso no es verdad!

–Inconscientemente, sí. Está a punto de convertirse. Puedo captar esas ideas, aunque se empeñe en ocultárselas a sí misma. Vamos a volver a Estados Unidos y,

una vez allí, iremos a ver al señor Ray Meritan, quien nos llevará hasta Wilbur Mercer. Así de sencillo.

—¿Y para esto me han enviado a Cuba?

—Soy miembro del comité central del Partido Comunista Cubano —dijo el señor Lee—. El único telépatas de dicho comité, de hecho. Hemos acordado por votación cooperar con el Departamento de Estado durante la presente crisis. Nuestro avión, señorita Hiashi, sale para Washington D. C. dentro de media hora. Tenemos que marcharnos al aeropuerto ahora mismo.

Joan Hiashi lanzó una mirada de impotencia a su alrededor. Los demás clientes, los camareros... nadie les prestaba atención. Se levantó mientras el camarero, con una bandeja muy cargada, pasaba a su lado.

—Este hombre —dijo señalando al señor Lee— me está secuestrando.

El camarero miró al señor Lee, vio de quién se trataba, le sonrió a Joan y se encogió de hombros.

—El señor Lee es un hombre importante —dijo, y se alejó con su bandeja.

—Dice la verdad —aseveró el señor Lee.

Joan salió corriendo del reservado y cruzó el restaurante.

—Ayúdeme —le dijo al anciano mercerista cubano que tenía la caja empática frente a sí—. Soy mercerista —le dijo—. Me están arrestando.

El rostro arrugado y anciano del hombre se alzó y la estudió con la mirada.

—Ayúdeme —dijo Joan.

—Alabado sea Mercer —dijo el viejo.

«No puedes ayudarme», comprendió Joan. Se volvió hacia el señor Lee, quien la había seguido y continuaba apuntándola con la pistola.

–Este viejo no va a hacer nada –dijo–. Ni siquiera ponerse en pie.

Los hombros de Joan se hundieron.

–Muy bien. Ya entiendo.

La televisión del rincón interrumpió de repente su letanía de banalidades; la imagen de un rostro de mujer y la botella de limpiador que tenía a su lado desaparecieron bruscamente, reemplazadas por una pantalla negra. Entonces un locutor empezó a hablar en español.

–Mercer está herido –tradujo el señor Lee–, pero no muerto. ¿Cómo se siente, señorita Hiashi, como mercerista? ¿Le afecta? Ah, lo olvidaba. Para que la alcance, antes debe tocar las asas. Debe ser un acto voluntario.

Joan cogió la caja empática del viejo cubano, vaciló un momento y luego agarró las asas. El señor Lee la miró con sorpresa; se movió hacia ella, alargó una mano hacia la caja...

No fue dolor lo que sintió. «¿Es así? –se preguntó al ver que, a su alrededor, el restaurante se volvía borroso y se esfumaba–. Puede que Wilbur Mercer esté inconsciente. Será eso. Me voy a escapar de usted –pensó, refiriéndose al señor Lee–. No puede, o al menos no quiere, seguirme allá donde voy: al mundo en el que va a morir Wilbur Mercer, que está agonizando, en medio de una llanura desierta, rodeado por sus enemigos. Ahora estoy con él. Y así escapo de un destino peor. De usted. Y nunca podrá volver a cogerme.»

Vio a su alrededor una extensión desolada. El aire olía a flores secas; era el desierto, no llovía.

Un hombre se encontraba ante ella, con un brillo de pesar en sus ojos grises y doloridos.

–Soy tu amigo –dijo–, pero debes seguir tu camino como si no existiera. ¿Lo entiendes? –Extendió las dos manos abiertas.

–No –respondió ella–. No lo entiendo.

–¿Cómo puedo salvarte –dijo el hombre– si no puedo salvarme a mí. –Sonrió–. ¿No te das cuenta? No hay salvación.

–Y entonces ¿para qué es todo esto?

–Para enseñarte –dijo Wilbur Mercer– que no estás sola. Estoy aquí contigo, y siempre lo estaré. Vuelve y enfrentate a ellos. Y díselo.

Joan soltó las asas.

–¿Y bien? –preguntó el señor Lee. Seguía apuntándola con su pistola.

–Vámonos –respondió ella–. De vuelta a Estados Unidos. Entrégueme al FBI. Me da igual.

–¿Qué ha visto? –le preguntó el señor Lee con curiosidad.

–No se lo voy a decir.

–Pero puedo descubrirlo de todos modos. En su mente.

Estaba sondeándola ya, escuchando con la cabeza ladeada. Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, como si estuviera haciendo pucheros.

–Qué decepción –dijo–. Mercer la mira a la cara y le dice que no puede hacer nada por usted. ¿Ese es el hombre por el que daría la vida, por el que la darían todos ustedes? Están enfermos.

–En la sociedad de los locos –dijo Joan–, los enfermos son los sanos.

–¡Qué tontería! –repuso el señor Lee.

–Ha sido interesante –le dijo el señor Lee a Bogart Crofts–. Se ha convertido en una mercerista ante mis ojos. La latencia se convirtió en realidad... había acertado en mi análisis anterior.